

Laureano Benítez Grande-Caballero
José Antonio Benítez Grande-Caballero

orar con...
Juan Pablo II

Desclée De Brouwer

introducción: humilde Cristo de la tierra	11
1. enamorado de Cristo	27
2. la Iglesia vive de la Eucaristía	53
3. «¡Totus Tuus!»	69
4. ver a Dios cara a cara.	85
5. la mirada contemplativa.	105
6. te busco con todo mi corazón.	129
7. el Papa del Rosario	147
8. ¡no tengáis miedo!.	159
9. el apostolado de la caridad.	185
10. el camino de la Cruz	199
11. ¡santo subito!	217
bibliografía	245

introducción: humilde Cristo de la tierra

*Humilde Cristo de la tierra,
Santo padre de todos los pueblos,
Padre del respeto y la tolerancia,
Padre de las familias,
Padre ecuménico,
Padre del perdón y la reconciliación,
Padre de los pobres,
Padre de los oprimidos,
Padre de los que sufren,
Padre de los arrepentidos,
Padre de las vocaciones,
Padre de los peregrinos,
Padre de los misioneros,
Padre de los santos,
Justo y ejemplar discípulo de Pedro,
No habrá suelo del mundo que olvide tu beso.*

(Escrito por Bonum)

El nuevo Moisés

Karol Wojtyla nació el 18 mayo de 1920 en Wadowice (Polonia), tercer hijo de una maestra de escuela y un oficial del ejército austro-húngaro. Perdió a su madre a los 9 años, y después a sus hermanos y a su padre, de modo que en 1941 el joven Karol se quedó solo, sin familia.

Después de iniciar estudios de filología en la Universidad Jagellónica de Cracovia, ingresó en 1943 en el seminario clandestino de Cracovia, recibiendo la ordenación sacerdotal el 1 de noviembre de 1946.

Su consagración episcopal como obispo auxiliar de Cracovia tuvo lugar el 28 septiembre de 1958. Pablo VI le proclamó cardenal el 26 junio de 1967, siendo entonces el cardenal más joven de la Iglesia.

Las experiencias que Karol Wojtyla vivió durante su vida en Polonia (primero ocupada por los nazis, y después sometida al comunismo soviético) marcaron profundamente su personalidad, hasta el punto de que muchas de las características de su futura acción pastoral como sacerdote, obispo y Papa tienen su origen en estos años: su ecumenismo hace referencia a su amistad con los judíos en su ciudad natal y en Cracovia, donde fue testigo de pogromos

y deportaciones; su dedicación a los jóvenes se enraíza en el ambiente universitario donde maduró su vocación sacerdotal; su defensa a ultranza de la familia encuentra su eco más lejano en la soledad familiar que vivió desde los 20 años, cuando, al fallecer su padre, se quedó sin parentela; su compromiso con la dignidad humana y los derechos humanos tienen su fuente más profunda en los años que vivió bajo dos dictaduras que no los respetaban, y contra los cuales tuvo que luchar para ejercer su ministerio sacerdotal; su misma vocación arranca del «seminario doméstico» que vivió en su hogar, con el ejemplo de sus progenitores, profundamente cristianos; su desenvoltura y su carisma ante las multitudes se basaban en un «dominio de la escena» aprendido sin duda en los años en que participó en un grupo teatral...

El 16 octubre de 1978, con 58 años, fue nombrado Papa, el 264 en la línea sucesoria desde san Pedro, el primero no italiano desde el holandés Adriano VI (1522-1523). Su pontificado es el tercero más largo de la historia.

Cuando se rumoreaba que iba a ser elegido papa, Juan Pablo II manifestó sus dudas sobre si aceptar el cargo o no a Stefan Wyszynski, el cardenal primado

de Polonia. Éste le dijo: *«Debes aceptar, y tu función será conducir a la Iglesia al tercer milenio»*. Esta frase podría resumir el verdadero horizonte que se propuso Juan Pablo II en su pontificado, cuyo gran objetivo fue posicionar a la Iglesia como faro y guía del mundo contemporáneo.

Este objetivo lo llevó a cabo desarrollando cinco tareas fundamentales, que fueron los pilares en los que se asentó su pontificado:

1. Nueva evangelización
2. Ecumenismo
3. Compromiso ético y social
4. Lucha por la paz
5. Rigor doctrinal

«Como Moisés reunió al pueblo judío para atravesar el Mar Rojo y conducirlo a la Tierra Prometida, así el Papa Wojtyla nos ha conducido en el paso al año 2000 como una meta soñada (...) Sentía el deber de reunir a la Iglesia, esta Iglesia cada vez más asaltada por tentaciones secularizantes, para conducirla al final del siglo XX y lanzarla con nuevos bríos al Tercer milenio del cristianismo». (Domenico del Río, **Karol Wojtyla: historia de Juan Pablo II**, p.p. 375-376)

«¡No tengáis miedo!»

Esta meta hacia la que orientó todo su esfuerzo como Papa, unido a las circunstancias históricas y eclesiásticas del último cuarto del siglo XX, confirieron a su pontificado un carácter innovador, personalísimo y original, que nunca antes se había visto en la historia de la Iglesia.

Más que ser la personificación del gobierno de una institución jerárquica, el funcionario superior de un entramado complejo de organismos, comisiones, gabinetes, congregaciones y prefecturas, Juan Pablo II fue un Papa misionero, investido de un gran carisma mediático que aprovechó para su labor evangelizadora. Utilizando los abundantes recursos puestos a su disposición por el gran desarrollo de los medios de comunicación de masas, y sacando a su vez el máximo partido a sus formidables dotes de gran comunicador, emprendió una titánica labor de llevar el mensaje cristiano a todos los rincones del mundo, de proclamar universalmente a personas de toda raza y condición que Cristo es nuestro Salvador, y que debemos acogerle sin miedo en nuestro corazón.

Este mensaje lo formuló claramente desde el primer día de su pontificado, cuando, desde el balcón de la plaza de San Pedro al que salió tras ser proclamado,

lanzó al mundo dos frases históricas en las que expresó claramente lo que iba a ser la meta de su papado: «¡No tengáis miedo!» y «¡Abrid las puertas a Cristo!».

La frase «¡No tengáis miedo!» se dirigía sobre todo a promover la esperanza, la fuerza y la confianza entre los católicos, para que acometieran con decisión la gigantesca labor que era necesario emprender para superar las tremendas dificultades que el cristianismo tenía planteadas en el momento en que Karol tomó posesión de la silla de San Pedro. El mundo en el que el recién nombrado Papa iba a ejercer su magisterio era una realidad compleja erizada de dificultades, que levantaba ante él y ante todos los creyentes una verdadera montaña de problemas de todo tipo, entre los cuales destacaban dos: la crisis de la Iglesia, y la crisis de un mundo sometido a lo que Karol llamaba «la globalización de la miseria».

La crisis de la Iglesia se había gestado dentro de ella y arrancaba en las tensiones posconciliares. La Iglesia jerárquica institucional, rígida y centralista era combatida por una serie de movimientos y grupos doctrinales que ponían en tela de juicio hasta algunos principios dogmáticos. En este clima, se producía una disminución alarmante de las vocaciones sacerdotales, una oleada nunca vista de seculariza-

ciones, una reducción preocupante de la asistencia de los fieles a misa y, en general un desinterés por la participación en la liturgia.

Juan Pablo II fue el Vicario de Cristo en la tierra, el primado de la cristiandad, el sucesor de Pedro, sí, pero también fue un fiel imitador de la enorme acción evangelizadora que realizó Pablo de Tarso, cuyo apostolado itinerante le sirvió siempre de ejemplo, como a él mismo le gustaba confesar. Es así como se habla de que una de las características esenciales del pontificado de Juan Pablo II fue el que inició una «nueva evangelización».

La caída del ateísmo institucional de los países del Este le hizo volcar al Papa todas sus energías en combatir el ateísmo práctico de las sociedades democráticas, especialmente las europeas. La nueva evangelización que fue el objetivo preferente de su pontificado estaba destinada en gran parte a una «recristianización» de los países de Europa donde el cristianismo era más antiguo, y donde estaba amenazado por el descreimiento de una sociedad hedonista y consumista, que vivía como si Dios no existiera. Estas sociedades occidentales fueron para él un verdadero territorio de misión, la cual debería tener la meta de hacerlas recuperar sus raíces cristianas.

Frente al materialismo marxista y ateo, el Papa también hablaba de otro tipo de materialismo, al que llamaba «materialismo craso», que tiene sus raíces en la ideología mercantilista y ferozmente capitalista que anima a las sociedades occidentales, y que producía las lacras del consumismo, el egoísmo, el relativismo moral, la insolidaridad, y la búsqueda desenfrenada del beneficio, empobrecedores de la dignidad humana. Este materialismo producía un eclipse de Dios, una fuga de la trascendencia que arrojaba al hombre contemporáneo al abismo de la «náusea vital», del vacío y el sinsentido, del relativismo moral donde el bien y el mal se confunden.

En su opinión, era un enemigo incluso más insidioso que el viejo adversario comunista, pues es más sutil, más perverso, más indirecto, no tiene rostro conocido, y envenena el alma humana de una forma subrepticia, oculta, pero poderosa y devastadora.

El Papa misionero

En la era del gran desarrollo de los medios de comunicación, la Iglesia tuvo la suerte de tener al timón en la silla de San Pedro a un gran comunicador, y ésta fue la gran herramienta de la que se sirvió en su papado para conectar con enormes muchedum-

bres de personas, que no siempre comulgaban con sus ideas, que a veces profesaban otros credos religiosos, que con frecuencia pertenecían a ámbitos culturales totalmente distintos a los europeos.

La conversión del Papa en una figura mediática responde a un principio fundamental de la nueva evangelización, basada en el concepto de exhibición de la fe cristiana, que pretende hacerla visible en unos tiempos de laicismo y descristianización, «tomando las calles» con manifestaciones multitudinarias y grandes asambleas litúrgicas. Estos grandes «espectáculos» cristianos han mostrado al mundo una imagen festiva de la Iglesia, cuya intención primordial parece ser reanimar al pueblo católico, y recuperar para la fe un espacio social amenazado hoy en día a ser reducido a la insignificancia por un laicismo agresivo.

Juan Pablo II fue el «Papa misionero», que recorrió los innumerables caminos de la tierra como un nuevo San Pablo, esparciendo las semillas del cristianismo en incontables viajes, en una pastoral itinerante que también recuerda mucho a la que desarrolló el mismo Jesús en los caminos de Palestina, sólo que ahora los caminos se abrían a los cuatro puntos cardinales, a todos los pueblos, a todas las razas, a todas las culturas.